

RESEÑAS

JACOMO FERREIRA, António Bartolomeu: *El 'Iberismo filosófico' en la perspectiva de Miguel de Unamuno*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2002. 55 pp.

Estamos ante un extracto de la tesis de suficiencia investigadora realizada por el autor bajo la dirección de Ildefonso Murillo. El texto, escrito en portugués, consta de cuatro partes, precedidas de un prefacio y seguidas de un postfacio, que hace las veces de conclusión, y de una bibliografía básica. Ya desde un primer momento el autor deja bien claro que no pretende realizar un estudio más sobre Miguel de Unamuno, ni tampoco sintetizar una posible «filosofía ibérica», sino simplemente descubrir algunos puntos de relación de las corrientes de pensamiento portugués y español a finales del XIX, tomando como punto de referencia la figura de Unamuno, en razón de ser uno de los pensadores españoles que mayor atención prestó a Portugal. Se trata pues de dejar constancia de la fuerte relación existente entre Unamuno y Portugal, como un elemento que manifiesta la 'Iberofilia' y que se ha de entender a nivel más global de la relación epistemológica entre Portugal y España, objeto este último que aborda el autor en su tesis doctoral.

Respecto a este joven autor portugués decir que es licenciado en Filosofía por la Universidad Pontificia de Salamanca y en Teología por la Universidad Católica Portuguesa de Braga, y actualmente realiza su tesis doctoral en Filosofía en la Universidad Pontificia de Salamanca, empeñado en llevar adelante un proyecto de iberismo filosófico para que tanto Portugal como España, sin perder su propia identidad, por la vía de la colaboración leal en pie de igualdad, puedan ganar un espacio que les permita insertarse en los procesos supranacionales y multiculturales de nuestro tiempo y de nuestro entorno. A este fin, no duda en echar mano del pasado, mostrando cómo aparte de las relaciones de rivalidad y desconfianza seculares, hoy ya sin razón, ha habido otras

relaciones y cómo a consecuencia del trato histórico se pueden atisbar una serie de elementos comunes válidos para este proyecto. En esta línea, aparte de la presente obra, ha publicado «Antero e Machado: Dois mundos, o mesmo destino» (Salamanca: Kadmos, 2002, 102 pp.).

Centrándonos en las diversas partes que componen el cuerpo del trabajo, la primera de ellas, nos presenta el mundo portugués de Unamuno (pp. 11-22) en el contexto de una visión peninsular finisecular decimonónica, con las respectivas visiones de Portugal y España, en el que un cierto auge cultural español contrasta con el estancamiento portugués, poniendo especial énfasis tanto en la relación afectiva de Unamuno con Portugal (atraído sin duda por esa cierta «querencia» de la muerte como vocación irresistible del pueblo luso, que en cierto modo ejemplificaba a la perfección y en la práctica ese «sentimiento trágico» en que Unamuno condensara su filosofía), como en la conceptualización subjetiva del pueblo portugués (tratando siempre de establecer matices diferenciales, dentro de la afinidad, entre el alma trágica de Portugal y la de España), que para Unamuno vendría resumida en su carácter independentista y combativo, su vitalidad y dureza antropológica a la vez que por una cierta melancolía y tristeza, que caracterizará su literatura, sus poetas, en los que está su filosofía. De manera que, para Unamuno, allá en su «hondón», el pueblo portugués aparece como un pueblo suicida, sin ideal colectivo ni confianza en sí mismo, oscilando entre la nostalgia de la liberación por la muerte y la espera de algún milagro casual.

En la segunda parte (pp. 23-36), bajo el título «el concepto de 'iberismo filosófico'», tras señalar algunas cuestiones relativas a si se puede o no considerar filósofo a Unamuno (pp. 26-27), pretende caracterizar tanto en forma como en contenido dicho concepto. Éste resume la aspiración ideal a la asociación de las diferentes tendencias de pensamiento en la península Ibérica, extendidas posteriormente a América Latina.

A partir de Oliveira Martins en Portugal y Unamuno en España, esta forma de pensamiento puede ser caracterizada por la tensión entre utopismo y nadismo, que serían dos máscaras, simétricamente opuestas de la tensión trágica. Buscando el origen del iberismo unamuniano, a él se llega a partir de la reflexión sobre España. La reflexión de los problemas de España llevó a Unamuno a la meditación sobre el problema ibérico, hasta el punto de abarcar bajo la denominación de «hispanicos» todos los pueblos que hablaban portugués y español. De esta manera, la fórmula unamuniana de «iberismo» puede resumirse como la tentativa de englobar espiritualmente a todos los pueblos peninsulares y los pueblos en los que la influencia de Portugal y España se hizo sentir. Para ello es necesario un intercambio de las manifestaciones del espíritu, un acercamiento de almas, y no una concepción de aniquilación cultural, imponiendo la supremacía de la casta española, sino un respeto por el sentir peculiar de cada pueblo, manteniendo la conciencia de que a todos une un espíritu común, que ha presidido su desarrollo histórico y que se ve reflejado en la creación literaria, filosófica y social. El concepto ibérico de Unamuno se basaba en la necesidad orgánica de comprensión mutua, fraternal, entre pueblos hermanos que mantienen y respetan su autonomía e independencia.

Una vez aclarada la posición unamuniana respecto al iberismo, se procede a señalar aquellos elementos de enlace entre lo que el autor denomina el esqueleto filosófico metafísico de España y Portugal, distinguiendo los aspectos formales de los relativos al contenido.

En cuanto a la forma, el autor señala dos notas: el recurso a la lírica, defendiendo la importancia del lirismo como vehículo de contenidos existenciales, y la consideración de la literatura como una especie de «filosofía vista por dentro», lo que llevará a Unamuno a prestar especial atención a la literatura portuguesa, descubriendo en ella la pasión amorosa como expresión de nuestra

común alma ibérica. Centrándonos en el primer aspecto, el autor mantiene que los pueblos de la península son más líricos que trágicos y por ello es en la lírica donde debemos encontrar nuestra filosofía. Así, la lírica adquiere un sentido metafísico que se advierte claramente en la forma en que Unamuno define la filosofía en su *Del sentimiento trágico...*, y que adquiere carta de naturaleza en los poetas-filósofos portugueses como Antero de Quental. El recurso a una filosofía lírica tiene como fundamento una interpretación de la existencia como la lucha entre la necesidad y la libertad. Lo trágico de la filosofía ibérica está en que no se consigue descubrir la forma de conciliar estos dos opuestos. Por otro lado, esto permite matizar que el irracionalismo de los escritores ibéricos tiene pocas bases lógicas; antes al contrario descansa sobre el corazón, de lo que son vivo ejemplo Antero de Quental y Unamuno. Es un pensamiento que descansa en bases existenciales; y el existencialismo es para los peninsulares la vida íntima con sus luchas, aspiraciones, en fin todo el conjunto de resortes vitales y anímicos que pulsán en la conciencia de un verdadero hombre de carne y hueso. La temática específica de la filosofía ibérica es así la propia vida, son aspectos nuevos de la condición humana, es la conciencia agónica unamuniana, aspectos estos difíciles de encuadrar en los moldes tradicionales de la filosofía, más hechos al mundo de las ideas. El mundo de los pensadores peninsulares quiere precisamente escapar de la dictadura de las ideas y meterse de lleno en el mundo de los sentimientos, como contrapunto de aquél.

Tan importante o más que en la forma insiste el autor en la aproximación de contenidos y de temas, concretamente el Quijotismo y el Sebastianismo, como expresiones respectivas del alma española y portuguesa; y el interés e influencia del paisaje, como unión de tierra y hombre, que lleva a Unamuno a sentir con fuerza extrema toda la tipología ibérica de la naturaleza y del alma, al tiempo que el interés por el paisaje

de Portugal le permite apreciar su gran variedad, al contraste con la monótona, silenciosa y desolada Castilla. Especial énfasis pone el autor en el tema de Sebastianismo y Quijotismo para mostrar esta cercanía temática. A ambos conceptos están ligados muchos aspectos de la cultura histórica y de la personalidad de estos dos pueblos: Conciencia agónica; tendencia depresiva de la literatura y pensamiento portugués, ligada con un cierto espíritu de segregación, de soledad de los pensadores que lleva a una cierta esperanza desesperante; la impotencia de la razón, la angustia producida por el abandono ante las fuerzas fatalistas de la naturaleza, la libertad, el bien...; la crítica epistemológica al cientificismo, y a su incapacidad por explicar y someter al método científico la aspiración más profunda del hombre hacia el bien, y la marcha de la humanidad hacia un perfeccionamiento espiritual y moral. En definitiva, un pesimismo que aparece como un cierto escepticismo producido por la diversidad filosófica, que no es capaz de mostrar un sistema absoluto de ideas transcendentales que puedan explicar la variedad de la experiencia y sirvan de orientación existencial. En este contexto, el mundo es visto como lugar de desolación, dolor y pecado; todo apunta a verlo como consecuencia de una caída, de una falta, con un sentimiento de culpa que hace necesaria una expiación. Se trata de pensar y sentir el mal del mundo.

La tercera parte (pp. 37-44), tras señalar la influencia de los filósofos-poetas portugueses, especialmente Antero de Quental y Teixeira de Pascoais en la teoría unamuniana de la fe y la razón, explicita aún más este iberismo unamuniano caracterizado de tridimensional, con sus respectivas concepciones del hombre (antropología), mundo (cosmología) y Dios (teología). Así, tras matizar y criticar algunas de las caracterizaciones que Unamuno dedicó al pueblo portugués (espíritu de rebeldía, ausencia de ideal colectivo, pesimismo...) procede el autor a extraer los rendimientos que la reflexión unamuniana sobre el temperamento portugués puede tener

para lo que al autor le interesa, a saber, para la cuestión del «yo peninsular». En este sentido, una de las características más comunes a los pensadores ibéricos es la centralidad del individuo y del hombre concreto, que si bien en el momento que surge hay que entenderlo en franco enfrentamiento a los grandes sistemas, deja traslucir a la larga una visión humanista peculiar, en la que el individuo es la base de la realización de «otro hombre». En esta línea, la mejor síntesis que se puede hacer para definir la antropología ibérica sería la expresión unamuniana: «Piensa sintiendo, siente pensando». De manera que el «Yo ibérico» es un «yo sentidor», que utiliza como método dialéctico la contradicción, y que se incluye en la tradición de la «agonía ibérica» que parte de una crisis existencial. Esto se proyecta en una serie de interrogantes vitales que configuran su estilo de vida peninsular, su concepción de mundo, que viene definida por la aceptación de la concepción utópica de la existencia, que se niega a claudicar ante la evidencia fáctica de la realidad, y que deja para un futuro la verdadera condición humana. Asimismo este rechazo del imperialismo de lo fáctico lleva a los pensadores ibéricos a poner énfasis y a comprometerse mejor con una filosofía del «estar» que del «ser», configurada más como un estilo de vida que como un sistema cosmológico teórico. Finalmente, a partir de algunos textos de Unamuno y de Antero de Quental, y de sus respectivas concepciones de Dios, se pretende resumir lo que sería el «Dios de la Ibericidad» al que se accede a través del sentimiento: Dios Padre, Todopoderoso en bondad, uno, personal, inmortalizador que salva de la nada; un dios en cuya existencia a través de las afirmaciones del sentimiento y del afecto se encontraría descanso y satisfacción frente a las «afirmaciones» de la razón.

La cuarta parte, trata de ofrecer (pp. 45-49) una breve comparación entre la generación del Setenta en Portugal y la generación del 98, mostrando una vez más las afinidades y relaciones recíprocas (sin confundir nunca

contactos con influencias). Existe una relación de paralelismo entre estos dos pilares de la iberofilia intelectual. Tras establecer la clarificación del contexto de los paralelismos filosóficos y literarios, coloca frente a frente algunos pensamientos motrices de ambas generaciones, mostrando sus puntos de contacto a nivel filosófico: Esfuerzo por colocar a sus respectivos países en el rumbo europeo; búsqueda de las condiciones de una auténtica transformación política y cultural en todos los órdenes; sacar a la opinión pública las grandes cuestiones de la filosofía y ciencia modernas; regeneración del país; autodidactismo de ambas generaciones, formadas en unas mismas lecturas; derrotismo de ambas frente a la situación de sus países, queriendo sacarlos de ella. En definitiva, para el autor, son generaciones que aun caminando por su propio pie son fruto de un mismo sentimiento ibérico.

Finalmente, el postfacio recoge en parte las conclusiones y en parte las hipótesis o propuestas y su pertinencia actual, tanto de la presente obra como del proyecto futuro: desenfocar el pensamiento portugués y español, de su afán nacionalista, y focalizarlos bajo el prisma del criterio ibérico. En este sentido, para su autor, afirmar hoy el iberismo a nivel filosófico no es señal de pérdida de identidad de cada uno de los dos países, antes al contrario, es la manifestación del refuerzo de esa misma identidad revelado en las formas específicas de expresar el carácter sentidor de la reflexión ibérica. En este sentido, la lírica y la literatura son las mejores fuentes de identidad filosófica de estos dos países. Portugal y España tienen en su literatura, especialmente en la poesía, el mayor exponente de explicación de lo humano. Y aquí encontramos el hilo conductor de la comunidad cultural ibérica, una vez perdida en la tradición de una línea de pensamiento fría, abstracta y preferentemente racionalista, línea que Unamuno definió como el «pensar con el cerebro y con la sangre».

Esta posición no es un contrasentido en el actual contexto globalizador, antes al contrario, sólo se puede hablar de una globalización cultural verdadera, cuando en ella se resuelvan los principios de identidad e igualdad cultural; que es lo que el autor pretende a lo largo de estas páginas.

Finalmente se indica que este ensayo es un medio realizado en vista de la futura tesis doctoral en la que se afirme y valore la cultura portuguesa en el contexto ibérico, y por ello europeo, apelando de nuevo a Unamuno y a no olvidar sus palabras, cuando decía que «Portugal merece ser estudiado y conocido por los españoles».

R. Albares

RIBAS, Pedro: *Para leer a Unamuno*. Madrid: Alianza Editorial, 2002. 213 pp.

Está el lector ante una nueva obra sobre Unamuno, que se adentra en su vida y pensamiento al unamuniano modo, esto es utilizando el método biográfico, y de una forma cordial, alejada de la «lógica analítica» que suele presidir los estudios académicos sobre los diversos pensadores. En este sentido, de una forma amigable, el lector se ve llevado a acompañar al autor en su paseo por los diversos vericuetos y senderos de la figura y pensamiento de Unamuno, y apenas sin darse cuenta llega al final de la obra de una tirada, sin que ésta se le haya caído de las manos. En los tiempos que corren, en que a la lectura le han salido numerosos competidores que reclaman nuestro tiempo, es ésta no pequeña virtud de la obra, que ha de ser señalada en primer lugar.

Acotando un poco más el terreno, diremos que a pesar de ser Unamuno un reconocido clásico del pensamiento español y universal, y con una presencia pública importante en el pasado siglo español, la finalidad de la obra no es analizar la figura

pública de Unamuno, sino su dimensión de intelectual, con una obra ensayística y literaria de gran envergadura (p. 10). La forma en que el autor lo lleva a cabo es, en primer lugar, examinando los textos del propio Unamuno, intentando mostrar el proceso evolutivo de su pensamiento (con lo que se disolverán algunas paradojas o contradicciones aparentes), y poniendo de manifiesto también al lado de la variedad, de las evoluciones, la coherencia y unidad del pensamiento de Unamuno, que de esta manera se convierte en la tesis más general del libro. «En este libro defiendo la coherencia y unidad del pensamiento de Unamuno, pero una unidad que debe ser vista dentro de una trayectoria con notables alternativas. De ellas surge la complejidad de su obra, sus paradojas y la provocación que éstas conllevan». (p. 11) Pero al lado de los textos de Unamuno, el autor tiene en cuenta y dialoga con quienes antes y a la vez que él se han dedicado a estudiar el pensamiento de Unamuno en sus diversas facetas, cuyos préstamos intelectuales conscientes o inconscientes agradece en el prólogo. Por otro lado, si la obra se basa fundamentalmente en los textos internos de Unamuno, y desde ellos se analiza su pensamiento, sin embargo como historiador de la filosofía española que es, Pedro Ribas no rehúye el trabajo más difícil de tratar de comprender al pensador Unamuno, y para ello es necesario situar su figura y obra en el panorama histórico español, tanto respecto al surgir de la obra del propio Unamuno, como de la lectura e influencia que ha tenido. «En este sentido me considero un crítico que intenta seguir la trayectoria intelectual de Unamuno para acercarla a otros lectores y que busca, sobre todo, situar su figura y su obra en el panorama histórico español. La lectura que esa obra ha tenido es parte inseparable de ella, ya que es la influencia o efecto histórico que ha producido. No sólo trato, pues, de analizar la obra del autor vasco desde una lectura interna, sino desde una consideración histórica». (pp. 11-12).

Escrito en un lenguaje accesible, que puede ser leído sin dificultad por cualquier persona, lo que muestra a las claras que el libro no es un libro pensado para especialistas, cumple a la perfección la finalidad de, por un lado, acercar la figura de Unamuno al público lector, en el más amplio sentido de la expresión, sin que, por otro lado, deje de ser una obra seria y rigurosa para convertirse en una obra meramente de divulgación.

Con estas líneas directrices de fondo la obra se estructura en nueve capítulos, precedidos de un breve prólogo y seguidos de cuatro apartados complementarios dedicados a notas, cronología, bibliografía e índice analítico. Aunque los capítulos se encuentran numerados del 1 al 9, a poco que nos adentramos en la lectura de la obra, nos podemos percatar de que los cinco primeros ponen especial énfasis en la vida y la obra polifacética de Unamuno, en tanto que los cuatro restantes lo hacen en los aspectos más nucleares del pensamiento unamuniano: la religión, la filosofía, el tema de España y el pensamiento político. Si se nos apura un poco, y a la vista de la extensión de los capítulos, podríamos decir que dentro de su pensamiento el mayor énfasis se pone en la consideración de Unamuno como filósofo (paradójicamente una de las cuestiones más disputadas hace unas décadas, y hoy ya superada), al que se dedica más del doble de las páginas dedicadas a cada una de las restantes facetas de su pensamiento.

Así, en el capítulo 1, bajo el título «¿Quién era Unamuno?», asistimos sucesivamente a la presentación breve del contexto familiar y de sus primeros años, siguiendo especialmente, aunque no sólo, sus *Recuerdos de niñez y mocedad*, los estudios de bachillerato con las lecturas de Balmes y Donoso, el ambiente universitario de Madrid, en el que se apunta especialmente su inclinación a la filología, lo que lleva al autor a un mayor detenimiento en el Discurso de Doctorado de Unamuno sobre *El problema del origen y prehistoria de la raza vasca*, finalizando con el entorno positivista en el que

completaría este período de formación del joven Unamuno. A este primer capítulo siguen otros dos muy breves, que presentan respectivamente la faceta de Unamuno escritor (aunque sólo o preferentemente como escritor de artículos de prensa y de poesías, y con algunas acotaciones acerca del estilo) y el impacto o choque producido en el joven Unamuno entre el mundo vasco y el mundo castellano, primero en Madrid y luego en Salamanca, con una serie de reflexiones sobre el paisaje. Más atención y extensión se dedica en el siguiente capítulo (4º) a la denominada etapa socialista de Unamuno, con la presentación del camino seguido por Unamuno hasta entrar en la órbita del PSOE, sus escritos de contenido socialista y su evolución inmediata posterior, en la que Unamuno se interesa por los temas socialistas, pero ya no como socialista, finalizando con algunas de las principales críticas unamunianas al pensamiento o ideario de Marx. En el capítulo quinto, bajo el título «La ficción literaria y el ensayo», se nos ofrecen breves referencias a algunas de sus principales novelas (como *Paz en la Guerra*, vista a la luz de la intrahistoria, *Nuevo Mundo*, *Amor y Pedagogía*, *Abel Sánchez*, *La Tía Tula* y *San Manuel Bueno, mártir*, para extraer el núcleo de la dialéctica novelística unamuniana (pp. 76-78)), obras de teatro (*La esfinge*) y ensayos, mostrando cómo a través de ellos, de una u otra forma y con variaciones o matices según las épocas de su vida, Unamuno intenta patentizar, mostrar, comunicar su vida, al vivir, sus vivencias; esto es, intenta verter al exterior su más radical y constitutiva interioridad.

En el capítulo seis examina la evolución de Unamuno desde su infancia hasta sus últimos años en torno a la cuestión religiosa; desde sus piadosas prácticas infantiles, pasando por su alejamiento durante su etapa universitaria y positivista, con la famosa crisis de 1897, hasta su recuperación para un nuevo tipo de religiosidad contrapuesta a la oficial-institucional atiborrada de dogmas, la del catolicismo popular español como religión

escatológica, como forma de vida. En este contexto y a partir de un detenido análisis de la crisis del 97, se van a ir repasando ante el lector temas interesantes que caracterizan la peripecia intelectual de Unamuno, como el abandono del intelectualismo (frente a él, el obrar y la voluntad serán los elementos de verdad), la crítica y rechazo de la idea de progreso, la aparición de un tono confesional intimista y profético que serán rasgos incorporados a sus escritos posteriores y que manifiestan la tendencia (fundamental en el pensamiento unamuniano y más allá del sentido individual de la fe religiosa) a considerar la religión como sustrato profundo del que emana el sentido de la cultura y la civilización. Elementos éstos e ideas que van siendo extraídos detalladamente de escritos como *Nicodemo el fariseo*, *La vida es sueño*, *La fe*, *Mi religión*, *Vida de D. Quijote y Sancho* (que a mi entender junto con *En torno al Casticismo* constituyen la aportación unamuniana a la campaña y combate regeneracionista) y que se perfilan, acentúan y hasta radicalizan en *Del sentimiento trágico de la vida*, *La agonía del cristianismo* y *San Manuel Bueno, mártir*.

En el capítulo 7, que es con mucho el más amplio de la obra, se atiende a la filosofía de Unamuno. Tras abordar la cuestión disputada de la consideración de Unamuno como filósofo, a partir de unas reflexiones acerca de los modelos de filosofar, y de consideraciones de Dilthey y Gaos, Unamuno se inserta en el firmamento filosófico, pero incluido en la constelación de los filósofos no académicos, o lo que es lo mismo no sistemáticos, y no profesionales, vale decir, que no escriben para profesores de filosofía. A partir de esta inclusión se trata, siempre desde una perspectiva evolutiva, de presentar los principales rasgos de esta filosofía unamuniana, de ver en qué corriente se podría insertar y sus influencias, paralelismos y diferencias con algunos de los considerados grandes estrellas filosóficas. A este respecto el positivismo, Hegel, Schopenhauer, Kant y Spinoza van a ser autores

con los que se relacione en la obra a Unamuno, y en diálogo con los cuales se van a ir perfilando distintas facetas de la filosofía unamuniana, mostrando de paso el carácter de inclasificable o irreductible que siempre ha acompañado a la filosofía de Unamuno. Así veremos sucesivamente que ni siquiera en su etapa positivista hizo profesión de fe filosófica positivista, sino que en medio de algunas concesiones innegables, en textos como «La dignidad humana» reivindicará la dignidad de la persona humana como valor absoluto frente al positivismo darwinista, y la crítica de la mercantilización en el seno del capitalismo, la degradación moral del capitalismo. Sus obras maduras y más conocidas, representan una reacción frente al positivismo y racionalismo, a favor del individuo y de su componente afectivo, así como de la propia vida; márgenes y marginados hasta entonces en la tradición histórico filosófica dominante. Su posición consiste en que no se propone sino hablar del yo y de sus aspiraciones y deseos, de aquí el hombre concreto como el nuevo objeto de la filosofía, que exige a su vez nuevas formas de tratar y de abordar, al cual se llega mejor y se expresa mejor por el ensayo que por el tratado sistemático. De aquí su primera reivindicación: atender al hombre concreto, considerado no como lo que es y tiene, sino como lo que quiere ser, su anhelo de inmortalidad quijotesca, cuya manifestación es la creencia religiosa. Queda claro, para Unamuno no basta la razón ni la ciencia a la hora de abordar esta ansia de eternidad; pero, a juicio del autor, esto no le lleva al polo contrario del irracionalismo, sino a plantear una lucha entre la razón y la vida, que es sin duda lo más original de su modo de enfocar la cuestión y la constante de su *Del sentimiento trágico...*

Constatación del conflicto, sí, pero también de la necesidad de vivir de él; él es la vida y de él surge la vida; querer seguir viviendo es querer seguir luchando, apuntando de paso que la posición de Unamuno nada tiene que ver con Hegel, y que no tienen

sentido los paralelismos defendidos por algunos especialistas. Esto le sirve al autor de pretexto para abordar el tema del hegelianismo de Unamuno, mostrando que a la luz de la documentación disponible hasta la fecha, se puede afirmar que Unamuno no sólo no fue hegeliano, sino que se mueve en las antípodas del pensamiento de Hegel. Analiza concretamente esta discordancia respecto al tema de la religión (119-122) y de la intrahistoria (122-126), e igualmente entre el concepto de intrahistoria y *Volksgeist*, manifestando «la divergencia radical entre un pensamiento centrado en la persona y sus pasiones (Unamuno) y un pensamiento centrado en el concepto como trituradora por la que tiene que pasar todo el proceso de aprendizaje de la razón humana para llegar a lo que Hegel llama “ciencia”» (p. 128); proponiendo interpretar las autorreconocidas y aireadas adhesiones hegelianas de Unamuno más como manifestación de su superación o distanciamiento del positivismo que como efectivo contacto y acercamiento a Hegel. Siguiendo en esta línea, a continuación analiza la proximidad y paralelismos con Schopenhauer, aunque mostrando sus diferencias incluso en temas tan aparentemente comunes y cercanos como la voluntad o la muerte; y lo mismo hace con Kant, tratando de ver si tal vez en la línea kantiana es donde se podría situar a Unamuno, apareciendo de nuevo, al lado de alabanzas y del conocimiento de la filosofía kantiana, las decisivas diferencias. Estos análisis, llevan al autor, por un lado, a descubrir en Unamuno la técnica de lectura de los diversos filósofos, acomodándolos a su uso particular en la medida y hasta donde cuadran con su propio pensamiento, llegando incluso a forzar la lectura, como ejemplifica en las citas de Espinoza. Por otro lado, sin negar posibles influencias del pensamiento alemán, le permiten establecer que las coordenadas del pensamiento unamuniano están más bien en la línea representada por un Bergson o un Nietzsche, *salvatis salvandis*; fijando, finalmente, lo decisivo del pensamiento filosó-

fico de Unamuno en la voluntad, el querer ser. «El rasgo distintivo del pensamiento de Unamuno, el que marca su diferencia con el realismo, con el racionalismo, con el vitalismo o con cualquier otro “ismo” es esta proyección nacida del querer ser» (p. 144). Si éste es el rasgo característico, el horizonte de su filosofía será la persona, y la interpe-lación provocativa el sentido final de toda comunicación de su pensamiento, el sentido del qui-jotismo.

El capítulo 8, aborda brevemente, a partir de la reconsideración de la generación del 98 su mito y su función como categoría historiográfica, el tema de España. Ello lleva al autor, en primer lugar, a tomar de nuevo en consideración el catolicismo de Unamuno, dada la importancia que siempre se ha dado al catolicismo como signo de identidad colectiva española, considerando de nuevo aspectos cercanos al tema religioso, pero matizando su cercanía al protestantismo liberal, dejando bien claro en todo momento, que bajo ningún concepto y en ningún momento el catolicismo de Unamuno es el de la España católica, ensalzada por Laín Entralgo, ni el catolicismo oficial. A continuación, a partir de *En torno al Casticismo* y de artículos publicados en *La lucha de Clases* ofrece, tal vez demasiado esquemáticamente, la visión unamuniana de la España finisecular, presentando a un Unamuno preocupado, de un lado, por la regeneración en conjunto de España y, de otro, por la solución de los problemas del momento de España (de los españoles de finales del xix y principios del xx). Finalmente, aborda la llevada y traída cuestión del europeísmo unamuniano, haciendo referencia, cómo no, al incidente con Ortega y a las diferencias entre ambos, tratando de arrojar luz sobre la posición unamuniana de «hispanizar Europa». Para el autor se trata de «afirmar una alternativa española, la del qui-jotismo, la del cristianismo vivo, como tarea que él no entiende como enemiga de la ciencia, de la filosofía y de la razón, sino como antídoto contra el optimismo ingenuo basado en una ciencia

convertida en superstición o en determinismo dogmático» (p. 157).

Finalmente, el capítulo 9 presenta algunas cuestiones relacionadas con lo que podría ser el pensamiento político de Unamuno. Al respecto, tras mostrar que éste se encuentra disperso en sus artículos de prensa, y manifestar la imperiosa necesidad de incorporar todo este material a una futura y deseada edición exhaustiva de sus obras completas, pasa revista de manera ligera a cuestiones como: a) la posición crítica de Unamuno respecto al nacionalismo vasco de Sabino Arana. b) La campaña agraria de 1912-13, que el autor sitúa en el origen de la destitución de Unamuno como rector, y que en la línea del programa costista es no una campaña revolucionaria, sino una campaña de concienciación pública para lograr la solución del problema agrario, bajo el convencimiento de que el problema de la agricultura no es tanto o sólo problema del suelo, tal y como pensaban algunos regeneracionistas, sino problema técnico, ligado al modo de trabajarlo. En este sentido, el atraso del campesinado es debido principalmente a la no mecanización, a las leyes de arrendamiento abusivas y a los bajos jornales. Asimismo, se empieza a llamar la atención sobre un nuevo problema consecuencia del sistema de explotación y de las continuadas malas cosechas: la despoblación de Castilla. c) La guerra europea, presentando la alia-dofilia de Unamuno, bajo la creencia de que los aliados defienden la civilización cristiana frente al militarismo pagano alemán; y proyectando la guerra hacia el interior del país destaca el «despertamiento de nuestra Guerra Civil» que supone la división en germanó-filos y aliadófilos. De esta manera, a juicio del autor «la guerra es considerada desde la perspectiva de la Guerra Civil y enlazada así con un tema de permanente cultivo por el vasco» (p. 171), que bajo ningún modo debe entenderse referida a la posterior guerra de 1936, considerada ésta como incivil y militar, sino guerra en un sentido más filológico y en conexión con términos como

«lucha» o «agonía». d) El destierro, del que se puede decir que lanza la dimensión europea de Unamuno. e) La actuación de Unamuno durante la República y la Guerra Civil, donde se nos presenta a un Unamuno anciano, que ya no puede abarcar la cantidad de problemas que aparecen ante sí, como un viejo liberal que está solo y anclado en unos valores, religiosos sobre todo, y del ideal ético de fraternidad, cada vez más preocupado por los problemas de orden, pero sin percibir los graves problemas socioeconómicos que están a la base del conflicto social. Esta, digamos pérdida de control, estaría en el fondo de la adhesión inicial de Unamuno al levantamiento militar del 36, el más importante patinazo de su vida política a juicio del autor, que poco después rectifica y que le lleva, en breve, a morir tal y como había vivido, solo, inconformista, luchando «contra esto y aquello».

Más allá de estos análisis concretos, finaliza el capítulo retomando el carácter complejo de Unamuno, poniendo sobre la mesa la necesidad de emprender algunos estudios sobre zonas de sombra en el conocimiento de Unamuno y la necesidad de tener siempre en cuenta el contexto europeo, pero preferentemente el español para una adecuada comprensión de Unamuno, ya que es una figura inmersa en la política de la España contemporánea y conocer a Unamuno es conocer la España contemporánea, que a la vez se convierten en otras tantas razones para seguir leyendo a Unamuno.

A continuación de los capítulos, un excelente apartado de notas (que a mi juicio despistarían menos al lector, a la hora de consultarlas, si estuvieran dispuestas de forma consecutiva y no por capítulos), una breve cronología, una bibliografía más que básica, y un útil índice analítico para su consulta, ponen punto final a esta obra rigurosa y a la vez de fácil lectura, ni muy larga ni muy breve, que, a pesar de algún defecto (desequilibrio en extensión de algunos capítulos, recurrencia de algunos temas) y de alguna ausencia (echo de menos un capítulo sobre el pensamiento educativo), no dudo que

cumplirá con la función de ser como un aperitivo para incitar, a partir de ella, a leer a Unamuno; a seguir leyendo, siguiendo sus sugerencias, más allá de lo que la obra dice. Es por ello por lo que tal vez carece de conclusión; y esto que en cualquier otro tipo de obra sería un defecto, hemos de verlo en ésta como un recurso más para lograr lo que se pretende y que el título señala: una invitación para leer a Unamuno. De este modo, es ésta una obra abierta cuya conclusión sólo le cabe al lector, leyendo a Unamuno, evidentemente.

R. Albares

Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, IIª época nº 48, diciembre de 2002.

Acompañando a la edición del último libro de Juan Marichal, *El designio de Unamuno* (Madrid, Taurus, 2002), el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* ha publicado un volumen que contiene un amplio apartado monográfico dedicado a la figura de don Miguel. De hecho, los cinco primeros textos que incorpora este número (de Julia Cela, Juan Cruz, José María Ridaó, Elías Díaz y José García-Velasco) reproducen el contenido de varias de las intervenciones registradas durante la presentación de dicho libro en la Residencia de Estudiantes el pasado 28 de noviembre de 2002. Aunque con desigual empeño, todas ellas glosan favorablemente la interpretación de la figura de Unamuno que Marichal ha venido realizando a lo largo de su obra: la de un personaje esencialmente europeo y español, demócrata y liberal, más allá de las complejidades y profundas tensiones de su pensamiento.

Las tres siguientes aportaciones que incluye este volumen tienen un carácter documental. «Unamuno en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*» recoge cuatro de los siete artículos que don Miguel llegó a

publicar en el *BILE*: se trata de «Acerca de algunas costumbres económico-jurídicas infantiles» (1895), «Sobre la enseñanza del clasicismo. Cómo enseño el Griego en mi cátedra» (1908), un «Comentario» sobre la figura de Giner de los Ríos en el segundo aniversario de su muerte (1917) y «Boyscouts y footballistas» (1921). A continuación, bajo el título «En torno a *Paz en la guerra*», se publica una reseña que Rafael Altamira dedicó a la novela en su *Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas* y la correspondencia mantenida entre este autor y Unamuno — cuatro cartas— con motivo de su aparición, entre mayo y octubre de 1897, con la «crisis de espiritualidad» unamuniana al fondo. Finalmente, el artículo «Otra lectura de *San Manual Bueno, mártir*» de Laureano Robles ofrece un amplio apéndice documental (cinco cartas de Moisés Sánchez Barrado a Unamuno, una de don Miguel al director del Instituto de Salamanca y dos artículos que Unamuno publicó en el periódico *Ahora* en 1933 y 1935) que, a juicio del autor, proporcionarían nuevos datos, ligados al devenir personal de Unamuno, para una reinterpretación de esta novela.

La parte consagrada a Unamuno en este número del *Boletín* se completa con dos ensayos. «El sueño del liberalismo español: Francisco Giner de los Ríos, Leopoldo Alas y Miguel de Unamuno» de Adolfo Sotelo Vázquez plantea la confluencia del pensa-

miento de estos tres intelectuales alrededor de la crisis de fin de siglo en una común reflexión acerca de la nación española que confía la regeneración de la misma a la educación; en el caso de Unamuno, una vez comprobada la naturaleza disgregadora de la dialéctica regionalista, su alternativa a comienzos del siglo xx se perfila en torno a un Estado liberal renovado y cuya tarea fundamental fuese el desarrollo de la cultura. Finalmente, en «El Unamuno de María Zambrano» Mercedes Gómez Blesa subraya el carácter constante de la referencia unamuniana en la obra de la pensadora malagueña haciendo especial referencia a la lectura que ésta hace de don Miguel como figura limítrofe, europea y española al tiempo, capaz de romper la marginalidad secular del pensamiento español para revelar que la clave de la crisis europea de su tiempo se hallaba en una inhibición de carácter religioso.

Merece la pena destacar, por último, que la edición de este número del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* se encuentra enriquecida por un amplio conjunto de fotografías, procedentes sobre todo de la Casa Museo Unamuno y del Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares, así como de reproducciones de primeras ediciones de algunas obras de Unamuno.

Mariano Esteban de Vega